

EL ISLAM, UN RETO MILENARIO

POR

JORGE SOLEY CLIMENT

En primer lugar, quiero agradecer a los organizadores de esta Reunión de Amigos de la Ciudad Católica la oportunidad que me brindan de abordar un tema tan significativo y sugerente como es el Islam. Releyendo estos días la revista francesa *Catholica* encontré una afirmación que me pareció muy acertada: "*La ignorancia de la realidad del mundo islámico autoriza las postiones más contradictorias, desde el pánico hasta la visión idílica*". Mi propósito es, sin caer ni en uno ni en otro, dar una visión realista del Islam, ese reto más que milenario que, tanto en el plano religioso como en el político, se ha alzado frente a la Cristiandad.

Quienes se sitúan en la visión idílica padecen una grave falta de perspectiva que induce a graves errores y que nace, en muchas ocasiones, de un resentimiento hacia la Iglesia católica que valora como positivo todo aquello que se le oponga. En otros casos, incluso más graves, son los propios cristianos de buena fe los que caen en el error. No se trata, evidentemente, de demonizar el Islam, pero sí de conocer su realidad para así actuar en consecuencia. En una interesante entrevista publicada en *Studi Cattolici*, el Padre Samir Khalil Samir, religioso egipcio y profesor de islamología en la Universidad de Beirut, alertaba sobre el peligro que corren algunos cristianos afirmando que: "*pensar siempre que el otro es como yo, aunque sea de otra religión, es una ingenuidad. Por desgracia, la mayor parte de los cristianos equiparan el Islam al cristianismo, pensando que el Islam es una versión árabe del cristianismo, ligeramente distinta*". Estoy convencido de la profunda verdad que encierra esta afir-

mación. Pero antes de continuar polemizando, detengámonos unos instantes en Mahoma y en los fundamentos del Islam. Creo que nos podrá aportar algo de luz.

Mahoma, fundador y caudillo

La figura de Mahoma, el profeta, fundador y líder de la primera *umma* (comunidad islámica) es, sin duda, esencial. Su vida, de la que trazaré las principales pinceladas, se ve marcada por la pérdida de su padre, tras la cual pasa a ser protegido por su tío, para quien trabajará organizando caravanas comerciales. Posteriormente entrará a trabajar a las órdenes de una viuda rica, Jadicha, con la que más tarde contraerá matrimonio (es el primero de los 12 matrimonios del Profeta, si bien otras fuentes hablan de 15, sin contar sus numerosas concubinas).

Es en este periodo como comerciante en el que, principalmente a través de sus viajes, entra en contacto con cristianos nestorianos y monofisitas, cuya influencia es decisiva, como veremos más adelante, en la configuración del Islam. Para entrar en contacto con el mundo judío no le fue necesario viajar, ya que existían importantes comunidades judías por toda Arabia fruto de la diáspora provocada por la derrota judía ante Roma que supuso la destrucción del Segundo Templo de Jerusalén. Tras 10 años meditando y analizando las religiones que había conocido, y tras pasar por una fuerte crisis religiosa, Mahoma pretende empezar a recibir sus primeras revelaciones, supuestamente del arcángel Gabriel, e inicia la predicación del Islam, la sumisión a Dios, en su ciudad, La Meca (resulta interesante, al estudiar el contenido de sus revelaciones, comprobar cómo su contenido se va adaptando a las necesidades de cada momento, cayendo así en claras contradicciones en las fechas e incluso en la misma doctrina). Después vendrá su huida a Yatrib, la Hégira, el año 622, que posteriormente será rebautizada como Medina, la ciudad del profeta, y su retorno triunfal a La Meca, convertido en un poderoso jefe militar que inicia una política expansionista, la Jihad, que sus sucesores continuarían.

Sin insistir más sobre la vida de Mahoma, me parece importante resaltar una serie de aspectos que pueden aportarnos algo de luz:

- En primer lugar, la predicación de Mahoma no representa un caso excepcional, existían ya los llamados *hanif*, santones que predicaban el monoteísmo frente al politeísmo imperante.
- Su éxito religioso fue más bien pobre y, desde el inicio de su predicación hasta la Hégira, el ritmo de conversiones fue de 7 por año. Justo antes de la Hégira el número de fieles estaba incluso disminuyendo. Este fracaso religioso es el que lleva a Mahoma a dedicar todos sus esfuerzos a su acción política y militar, en la que se reveló como un líder de genio muy notable.
- El gran éxito de Mahoma reside en su capacidad para aglutinar en torno a su persona y a su movimiento las energías de las decaídas civilizaciones orientales y el resentimiento antihelenístico y antilatino ya existentes. Que Arabia emergiera con fuerza en el panorama de aquellos momentos era ya un hecho: en 610, el clan árabe de los Banu Sayban conseguían su primera victoria sobre el Imperio persa, debilitado por su lucha contra Bizancio, en la que ambos imperios se desgastaban sin conseguir la victoria. La afirmación del monoteísmo, como ya hemos visto, no era algo nuevo, ni siquiera la esencial identificación de política y religión. Tras varios intentos antihelenísticos fracasados, el Islam supo llegar en el momento oportuno al lugar oportuno y apropiarse y canalizar en su favor las tendencias y energías previamente existentes. Su manifiesta simplicidad, lejos de ser una rémora, resulta otra de las razones de su éxito: su sencillez teológica, su rigor ético, y el papel esencial que jugaron en él lo político y militar, le hicieron sumamente atractivo y poderoso.

- La personalidad de Mahoma es la de un líder carismático, un hábil jefe militar y un caudillo político. El contraste que presenta con Jesucristo es nítido y violento. Por ejemplo, implacable en la ejecución de sus designios, Mahoma no duda en pagar a asesinos para eliminar a sus rivales. Tampoco podemos olvidar los 123 versículos en el Corán dedicados a luchas y asesinatos, ni el hecho de que la incontinenencia sexual del "Profeta" provocaría múltiples situaciones embarazosas, como cuando, para poder contraer matrimonio con su nuera, algo prohibido por anteriores revelaciones, recibe una nueva "revelación" que le exime de tal obligación (1).

Qué es el Islam

En cuanto al Islam, una primera visión nos muestra una religión que afirma con fuerza el monoteísmo ("El es Dios, es único, Dios el solo. No ha engendrado ni ha sido engendrado, y no tiene a nadie por igual") (2), que pretende estar emparentada con Abraham, que habría construido la Kaaba en la ciudad de la Meca, con Moisés y con Jesús (de quien tienen una visión herética y doctista en lo que a su muerte se refiere). Junto a ello, el Islam se encuentra conformado por los llamados cinco "pilares del Islam": la *shahada*, afirmación de la unicidad de Dios y de la misión profética de Mahoma, y la *ibada*, que consiste en la "oración ritual cinco veces al día, todos los días (*salat*), pago de un impuesto para socorrer a los musulmanes pobres (*zakat*), ayunar todo el mes de Ramadán (*sawm*) y peregrinar a la Kaaba y otros lugares santos de la Meca (*hach*)" (3). Pero, quizás, lo que más caracteriza la vida de un musulmán es la existencia de toda una serie de normas estrictas que regulan la vida al completo y que,

(1) Cfr. *El Corán*, 33/36.

(2) *El Corán*, 112/1-4.

(3) HORRIE, Chris y CHIPPIINDALE, Peter, *¿Qué es el Islam?*, Alianza, Madrid, 1994, pág. 43.

basadas en los *hadices* de Mahoma y la jurisprudencia islámica (*fiqh*), reciben el nombre de *charia* o ley islámica. Señalar también que a pesar de parecer el Islam, en un primer momento, una religión localista, pronto proclama su carácter universalista e inicia su impresionante expansión. Pero si nos quedáramos aquí no estaríamos alcanzando nuestro objetivo de profundizar para llegar a lo que constituye la esencia del Islam. Hassan Al-Banna, destacado pensador islamista y fundador en 1928 del movimiento de los *Hermanos Musulmanes*, nos lo recuerda cuando afirma que “*quienes piensen que las enseñanzas se refieren sólo al lado espiritual de la vida están equivocados. El Islam es una ideología y un culto; un hogar y un Estado; un espíritu y un trabajo; un libro y una espada*”.

En el Islam la delimitación entre la esfera de lo público y lo privado, lo profano y lo sagrado, no existe. Y es que el Islam es político en su esencia y teocrático en el sentido de confundir e identificar religión y política, lo que no implica que lo político se someta a un plano superior religioso, sino más bien que lo religioso queda absorbido y asumido por lo político. Así, “*para un musulmán, la Iglesia y el Estado son por tradición una y la misma cosa. No son instituciones separadas ni separables*” (4). Si el cristianismo vino a romper una tendencia secular de identificación entre religión y política propia de la Antigüedad, el Islam supondrá un retorno a esta tradición y entroncará, de este modo, con las civilizaciones pre-cristianas. Como ya hemos señalado antes, el instrumento a través del cual se ejecuta este “totalitarismo” de lo político es la *charia*, ley y reglamento al tiempo, que regula hasta los más mínimos aspectos de la vida cotidiana.

Resulta significativo a este respecto que uno de los teóricos islamistas más influyentes, Mawdudi, en su libro *El Sistema Espiritual del Islam*, rechaza el ascetismo, entendido como una interiorización de lo religioso, que quedaría reducido así al plano personal, alejado de las estructuras políticas y sociales, de todo lo mundano. Esta concepción no se trata de una deformación del

(4) Lewis, Bernard, prefacio de la obra de KÉPÉL, Gilles, *Faraón y profeta*. Barcelona, 1988, pág. 12.

"Islam original" perpetrada por los modernos islamistas, lo que sucede, más bien, es que el islamismo actual, lejos de ser innovador, recoge el pálpito inicial; Mahoma ya lo dijo de forma contundente con sus propias palabras: "¿No hay ascetismo en el Islam?".

En la misma línea, el escritor católico libanés, Amin Maalouf, ponía el dedo en la llaga cuando, en unas recientes declaraciones a *La Vanguardia*, afirmaba que "tal vez el Islam necesite un Papa. En la Europa católica de antes del cisma, la Iglesia fue un contrapeso al poder político y limitó su arbitrariedad. Esta limitación creó un espacio donde se pudo desarrollar una sociedad civil. En cambio, en el mundo musulmán, la arbitrariedad del poder no ha tenido límite". Replica el entrevistador: "¿y eso no es porque ha estado sometido al poder religioso?". Responde Amin Maalouf: "No, eso es lo que piensan en Occidente, y es al contrario: el poder político ha utilizado al religioso".

El problema es que un Islam con Papa dejaría de ser Islam. Para un musulmán, como hemos señalado antes, la Iglesia y el Estado se identifican, son una y la misma cosa. Volviendo al Padre Khalil, considero especialmente acertadas sus palabras cuando sostiene que: "el Islam no es sólo la fe en un único Dios y la oración y la limosna, quienes así piensan proyectan sobre el Islam su propia mentalidad cristiana. El Islam es una totalidad sociopolítica, cultural y religiosa. La mezquita no es un templo musulmán, no es sólo lugar de oración, sino también es el lugar de los debates políticos. El califa no es un papa, es también quien encarna el poder político en la umma, la comunidad de creyentes musulmanes". Mawdudi expresa la misma idea con las siguientes palabras: "Cualquiera que abrace el Islam no solamente entra en el seno de la religión, sino que también llega a ser un miembro de la comunidad islámica" (5).

Por lo tanto, un musulmán debe ser visto como perteneciente a un movimiento sociopolítico-cultural-religioso. La conversión al Islam no es una decisión únicamente ni principalmente religiosa, es también, sobre todo, una elección política, social, cul-

(5) AL-MAWDUDI, *Los principios del Islam*, Centro cultural islámico, Granada, 1979, pág. 165.

tural y jurídica. Por otra parte, no se admiten conversiones desde el Islam a otra religión; se puede abandonar una creencia, pero no un mundo político y social, que engloba y unifica todos los aspectos de la vida. En el caso de intentarlo, la *charia* es inflexible: nadie abandona el Islam para abrazar la fe en Cristo, si lo hace, el veredicto es contundente: la pena es la muerte, es lícito ejecutar al apóstata. Encontramos pues, en la pertenencia a la comunidad del Islam, la *umma*, la raíz de la fuerte cohesión que aún hoy caracteriza al mundo musulmán, Dar al Islam, frente a Dar al Harb, el mundo que aún no lo es y que, en consecuencia, es considerado "territorio de guerra".

Visiones certeras: Spengler, Toynbee, Canals

Para acabar de perfilar el verdadero carácter del Islam, recurriremos a las obras de Oswald Spengler y de Arnold J. Toynbee, y a un artículo de Francisco Canals publicado en 1979, breve pero de un contenido riquísimo. Veremos que, con ciertos matices, los tres pensadores citados concuerdan en su explicación.

Spengler, en la segunda parte de su obra magna, *La decadencia de Occidente*, aborda la problemática del Islam. En primer lugar señala algunos puntos que ya hemos comentado:

- El Islam retoma con fuerza la identificación entre fe y Estado de la Antigüedad oriental.
- El Islam no es la religión del desierto, la Meca estaba rodeada de judíos y cristianos que influyeron poderosamente en su gestación y desarrollo.

Posteriormente aborda la caracterización del Islam. Para Spengler existe lo que él llama una concepción mágica de la nación y de la religión, que nace en lo que hoy llamaríamos Oriente. Esta corriente mágica, de la que nacen el Talmud babilónico, la gnosis (multiforme y presente en múltiples tradiciones, entre las que destacaría la judía, a través de la Kábala) y la reli-

gión de Mani, cristaliza con el Islam, especialmente en el sufismo y en la *chía*. En este mundo cultural y religioso, el dominio de Alejandro Magno sería como una fina capa extraña que no penetra y la incursión de Roma y el helenismo a través de su flanco occidental serían percibidos como una agresión. Esta interpretación nos ofrece también una explicación del éxito inicial islámico; para Spengler, *"las naciones mágicas ingresaron en su seno, esto explica su formidable expansión"*. Y efectivamente, los árabes, tras su inicial preponderancia, pasarían a un segundo plano del que ya nunca saldrían, asumiendo el liderazgo islámico los pueblos procedentes de Irán, Egipto y Turquía. Este cambio se origina ya con la caída del califato omeya, árabe, y la ascensión de los abbasíes, con apoyos iraníes, que instalarán su corte en Bagdad imitando el ideal sasánida de vida cortesana. Los árabes caerán nuevamente en la periferia, el beduinismo y la miscría hasta la llegada del petróleo.

La interpretación de Toynbee coincide en muchos aspectos con la de Spengler. El mundo mágico del que habla Spengler coincidiría, a grandes rasgos, con lo que Toynbee llama Sociedad Siriaca. La Sociedad Siriaca se iba a enfrentar a la intrusión helénica iniciada por Alejandro Magno a través de varias tentativas, todas ellas con un rasgo común: *"la reacción anti-helénica tomó como vehículo un movimiento religioso"* (6). Tras cuatro reacciones fracasadas, la zoroástrica, la judía (la revuelta de los hermanos Macabeos), la nestoriana y la monofisita, finalmente la reacción islámica constituyó un éxito y consiguió expulsar el helenismo del mundo siriaco, del mundo oriental. Las dos primeras reacciones, zoroástrica y judía, fueron tentativas que se valieron de religiones ya existentes en el mundo siriaco antes de la intrusión helénica; el nestorianismo y el monofisismo supusieron un intento de usar contra el helenismo *"un arma que la civilización intrusa se había forjado para sí con una aleación del metal helénico y siriaco"* (7). Por último, el islamismo, bebiendo de las distintas reacciones que le precedieron, triunfó reintegrando, *"en el*

(6) TOYNBEE, Arnold J., *Estudio de la Historia*, Alianza, Madrid, 1994, pág. 221.

(7) TOYNBEE, Arnold J., *op. cit.*, pág. 222.

Califato Árabe, el Estado universal siríaco que Alejandro había cercenado sin piedad antes de que se hubiera cumplido su misión, cuando venció a los aqueménidas persas (8).

Francisco Canals, en el artículo titulado "Juan Pablo II y Jomeini", publicado en el número 576 de Cristiandad, página 99, aprovecha las tópicas e infundadas comparaciones entre el Islam y la Cristiandad medieval para desvelarnos la esencia del Islam. Recogiendo las orientaciones de los dos autores antes citados, Canals entronca el nacimiento del Islam con el judaísmo, revelando así una dimensión clave para su correcta comprensión. En sus propias palabras, "el islamismo fue en su origen un movimiento religioso-político, en la más estricta unidad y confusión de ambas dimensiones, heredero de las esperanzas y de los sentimientos del judaísmo orientado hacia un mesianismo terrenal". Junto a la confusión de lo político y religioso, se señala aquí cómo el islamismo bebe directamente del judaísmo, no sólo en lo más evidente (monoteísmo, mensaje local con un contenido universal, etc.), sino también en sus anhelos más profundos. Lo que era el mensaje de salvación que el pueblo judío portaba en sí para el mundo entero y que aún no ha triunfado, es lo que el Islam recoge para ponerlo por obra sin esperar ya ningún mesías futuro. Sayyid Qutb, el padre del moderno islamismo, lo expresará con las siguientes palabras: "Establecer el reino de Dios en la tierra, abolir el de los seres, quitar el poder de las manos de los agresores y entregarlo a Dios único... Todo esto no puede realizarse por la simple predicación y la simple persuasión, porque los que se han apropiado del poder de Dios en la tierra no renunciarán únicamente bajo la influencia de la predicación y la persuasión" (9).

Estamos pues ante un mesianismo terrenal y centrado en la acción redentora del propio creyente, un mesianismo sin mesías pero con acción. Ese mesianismo terrenal no es el verdadero mesianismo, es el del judaísmo ebionita que centra su esfuerzo

(8) TOYNBEE, Arnold J., *op. cit.*, pág. 223.

(9) QUTB, Sayyid, *Normas en el camino del Islam*, Centro Cultural Islámico, Granada, 1978, pág. 81.

en la búsqueda de un reino de este mundo, en el anhelo revolucionario de revancha de Israel contra el helenismo y la dominación romana. El Islam será la adopción por los árabes de este impulso semítico de revancha "religiosa" contra los griegos y contra el Imperio infiel, la "revancha ebionita" de la que habló Renan. Desde esta perspectiva se comprende mejor el fenómeno actual del islamismo, pues como bien señala Canals, *"las sucesivas adaptaciones del Islam provocaron siempre nuevas reacciones de vuelta al puritanismo radical de sus orígenes. Jomeini no es una novedad, está en la línea de los almohades, los almorávides y los benimerines"*.

Es éste un fenómeno recurrente en la historia del Islam, que se repite en el caso del wahhabismo en la Península Arábiga, la jilhad de Osman dan Fodio en el occidente africano, el semismo en Cirenaica o la conocida rebelión del Mahdi en Sudán, protagonizada por Muhammad Ahmad, que venció a los ingleses en 1881 y dirigió un estado teocrático que sólo sucumbió en 1898. También el FIS argelino, en boca de su portavoz en el exilio, rabah Kebir, participa de esta dinámica cuando afirma que: *"Argelia no es Irán, Irán no es nuestro modelo. Es una república islámica no del todo similar a la que constituyó el Profeta, la nuestra queremos que sea idéntica"*. Y es que ésta es, en definitiva, la línea de Mahoma que, con el Islam creó, en palabras de Spengler, el puritanismo del grupo de las religiones mágicas.

Si analizamos la persistencia del ebionismo, veremos cómo su secularización dio lugar, en Occidente, a los ideales ilustrados y filosóficos y, posteriormente, a ese gran mesianismo terreno y secularizado, el marxismo, y en nuestros días a la teología de la liberación. El mensaje islamista es, pues, paralelo al liberacionista en su común tendencia ebionita. Las siguientes palabras del ayatollah Jomeini bien podrían haber salido de la boca de un teólogo de la liberación, omitiendo, claro está, las referencias explícitas al Islam: *"Igualmente, debéis aseguraros que aquellos elegidos como presidente del estado islámico o como diputados del parlamento, sean individuos que hayan sentido y experimentado la situación de los desposeídos y oprimidos, y estén preocupados por el bienestar de los pobres, y no que representen al grupo de los*

capitalistas, terratenientes y aristócratas que están sumergidos en los placeres sensuales y que no pueden por lo tanto sentir la amargura, el hambre y el dolor de los desposeídos y descalzos" (10). Jomeini, que, guste o no, fue un líder revolucionario que agrupó en torno al islamismo a los desheredados de Irán, que constituyeron el grueso de su ejército, ha sido calificado por muchos en Occidente como reaccionario y medieval. El error, a la luz de lo expuesto, es garrafal, pues esos calificativos se tratan de "términos del todo inadecuados, a la vez que denotativos de un desconocimiento total de la realidad del mundo islámico, de su historia, de su civilización y su religión, propio de lo que no es más que una visión sesgada, reductora a valores y espacios occidentales de lo que difícilmente puede encuadrarse en ellos" (11). Este componente revolucionario está ya presente en los inicios del mensaje mahometano: los primeros seguidores de Mahoma fueron parientes, pero enseguida se rodeó de libertos de origen extranjero, jóvenes y gentes de baja extracción social. Desde esta perspectiva ebionita podemos comprender una aparente paradoja, uno de los misterios que los modernos sociólogos no aciertan a resolver: cómo es posible que el islamismo radical se nutra en muchos casos de ex-militantes provenientes de grupos marxistas, del llamado socialismo árabe. La común raíz ebionita de ambos movimientos nos explica el nada traumático trasvase del uno al otro, un camino que el intelectual francés Roger Garaudy también ha recorrido.

Expansión y freno

Creo que después de este recorrido, en el que hemos profundizado en lo que representa el Islam, podemos volver a los caminos de la Historia. Habíamos dejado un Islam árabe y expansivo a la muerte de Mahoma, que continuará expandiéndose de

(10) JOMEINI, Ruhollah, *Testamento político*. Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Islámica de Irán, pág. 30.

(11) DONCEL, José Antonio, *Utopía y realidad en el Islam actual*, Universidad de Extremadura, Cáceres, 1997, pág. 62.

la mano de los omeyas primero y de los abbasíes después. Una expansión fenomenal que no se entiende si no es a la luz de lo hasta aquí expuesto. En este formidable movimiento de revancha antihelenística juegan un papel importante los nestorianos y monofisitas: unas veces se adherirán a la nueva fe, presionados por la ley y los impuestos islámicos, pero también uniéndose a una nueva religión de triunfo, de victoria, de poder; otras preferirán el sometimiento a sus hermanos semitas antes que a los griegos (como en Egipto, donde el patriarcado monofisita acogió a los musulmanes como liberadores frente al enemigo melquita bizantino: la Iglesia imperial melquita fue suprimida y los obispos monofisitas pudieron hacerse con el mando, en lo que constituyó, a tenor de lo sucedido posteriormente, una victoria pírrica). La expansión musulmana continuaría debilitando a Bizancio, que aún resistiría durante siete siglos y, posteriormente, con el Imperio Otomano (que fue califato de *iure* hasta 1924), el Islam penetraría en Europa, sometiendo los Balcanes y Hungría y sitiando Viena en dos ocasiones. Un imperio, el Otomano, que desarrollaría peculiares usos y costumbres, como las que regían la sucesión del sultán: ante las luchas entre los posibles herederos, el sultán Mehmet II intentó solucionar este problema haciendo estrangular primero a su hermano pequeño, Ahmed, y escogiendo entre sus hijos al más capaz. Esto se convirtió en una costumbre que perduró hasta el siglo XVII: el nuevo sultán hacía matar a sus hermanos. Selim, en 1512, tras matar a sus dos hermanos, llegó incluso más lejos: mató a los siete hijos de sus hermanos y a cuatro de sus cinco hijos, dejando con vida sólo a Solimán, el futuro sultán, llamado el magnífico.

En definitiva, espoleados por la Jihad, la guerra santa, el Islam aterrizó a la Cristiandad y anegó, esterilizándolas por completo, lo que antaño fueron tierras y pueblos cristianos. Únicamente quedaron algunos islotes de cristianismo, como testimonia Messori: *«En Egipto quedó un «resto» no despreciable de vida cristiana entre los coptos. Tampoco en Asia fue completa la desaparición: los monofisitas de Siria, los maronitas del Líbano, los nestorianos (luego caldeos) de Mesopotamia y Persia, los armenios del Cáucaso siguieron siendo cristianos hasta nuestros*

días. Así como permaneció heroicamente fiel al Evangelio Etopía, que supo resistir a los muchos intentos de islamización violenta que llegaban desde el norte, a lo largo del Nilo, o desde el este, a través del mar Rojo. Entre los historiadores se habla mucho del fin del cristianismo en el África occidental mediterránea, pero se suele silenciar del todo la resistencia indomable del mismo cristianismo entre los miserables y despreciados etíopes (su nombre significa «cara quemada») que, cuando aceptaron el Evangelio, ya no quisieron abandonarlo" (12).

¿Qué detuvo esta expansión? Múltiples factores: el esfuerzo de los pueblos cristianos que se les enfrentaron, la progresiva lejanía de su hábitat natural, tanto físico como cultural y, sin lugar a dudas, la Divina Providencia; así como el hecho de que quienes predicaban la unidad en todos los órdenes, los musulmanes, sufrieran, casi desde el primer momento, un sinnúmero de divisiones. El concepto de *fitna* (sedición, discordia, tumulto, desorden, guerra civil), es inherente al Islam desde los primeros sucesores de Mahoma. La gran *fitna* es la del chiismo, en el 656, tras el asesinato del tercer califa, Utmán, división ésta que escinde hasta nuestros días el mundo islámico. Y es que "la historia del Islam es en buena medida una historia de cismas, disensiones y disputas relacionadas con el problema de la sucesión, lo que implicó a menudo la utilización de la violencia y el asesinato" (13). Una palabra, asesinato, de origen musulmán, proveniente del nombre que tomaron los célebres "asesinos", ismailitas capitaneados por Hasan Al-Bana, que se organizaron en Irán como una secta terrorista, conquistando plazas fuertes y refugios inexpugnables, y consiguiendo la fidelidad de sus miembros por medio del hashis (de donde "hasishin" y, en castellano, asesino).

La relación de las diferentes sectas y enfrentamientos internos dentro del Islam sería interminable, baste destacar algunas de ellas: chiismo, jariyismo, nusayrís, ismailismo (del que forman

(12) MESSORI, Vittorio, *Los desafíos del católico*, Planeta, Barcelona, 1997, pág. 58.

(13) BURMAN, F. *Los asesinos: la secta de los guerreros santos del Islam*, Barcelona, 1988, pág. 19.

parte los drusos del Líbano y, en la India, los seguidores del Aga Khan), silyuquies, hanbalismo, sufismo, duodecimanos, qarmatianos, nazaríes; omeyas contra abbasíes, abbasíes contra fatimitas, mamelucos contra otomanos, otomanos contra safavíes... En la actualidad, la división más profunda es el chiísmo (de la *chia*, el partido), que sostiene el principio del imanato, que reserva a Alí y sus descendientes el derecho a dirigir la comunidad o *umma* y recupera la tradición revolucionaria del Islam, la idea de liberación social y el enfrentamiento con la autoridad constituida. Contra lo que habitualmente se cree, el chiísmo no es en absoluto un fenómeno iraní, de hecho no triunfó en Irán durante mucho tiempo, sino que, a pesar de ser minoritario, se extiende por gran parte del mundo islámico, (además de Irán, donde es mayoritario, el 60% de la población iraquí es chiíta de la secta *twelver*). La imagen del Islam como un bloque monolítico, afortunadamente, se desvanece ante una mirada atenta.

El Islam actual

Pero centremos nuestra mirada en la actualidad del Islam. Tras el sometimiento y la humillación que, en gran parte, supuso el periodo colonial, se inauguró la descolonización, de manera generalizada tras la Segunda Guerra Mundial, con grandes perspectivas panárabes y socialistas laicas. Era la época de los no-aliados, del antiimperialismo y de Vietnam, que se saldó con un sonoro fracaso. Fue entonces cuando muchos activistas musulmanes redescubren el Islam como una alternativa política y una forma de reaccionar ante los múltiples problemas que aparecen por doquier y que las ideologías importadas de Occidente no logran solucionar: estamos ante el nacimiento del islamismo radical (la palabra "islamismo" resulta más adecuada que "fundamentalismo" e "integrista", referidas al mundo protestante y al católico respectivamente. Creemos suficientemente demostrado que el islamismo no es una desviación, sino el estado natural del mundo musulmán; el Islam es, pues, islamista, su fin es islamizar la sociedad). En todas las regiones del mundo donde los musul-

manes llegan a ser mayoría (Filipinas, Bosnia, Chechenia, regiones occidentales de China, Pakistán, Indonesia, etc.) buscan la independencia política, buscan aplicar el Islam, que es, como ya hemos señalado, político en esencia. No les basta la tolerancia, la llamada "libertad religiosa", porque el fin último del Islam es una sociedad basada íntegramente en el Corán, la sunna y la charia. Su religión es un proyecto político, difícilmente compatible con otro tipo de lealtades: *"el musulmán no puede tener más nacionalidad que la de su fe, que hace de él un miembro de la nación musulmana en Dar al Islam"* (14), la rígida mitad del mundo que se contrapone a Dar al Harb. De aquí los repetidos fracasos a la hora de hacer prevalecer una lealtad nacional frente a la lealtad al Islam. Este carácter omnicompreensivo y totalizante del Islam, tan ignorado en la actualidad, lo entendieron perfectamente los mozárabes españoles, quienes llevaron su resistencia, que externamente podía parecer motivada por cuestiones culturales, hasta el martirio. Así lo ha reconocido la Iglesia, que ha sabido ver que, tras la lucha cultural contra la arabización que llevaba a la islamización final, se encontraba la lucha por mantenerse fieles a la fe en Cristo.

Iniciábamos nuestra exposición con unas palabras del P. Samir Khalil, volvemos a él para señalar cómo el Islam ahoga todo lo que le es ajeno, poniendo toda clase de impedimentos para el desarrollo de la vida cristiana, cuando no persiguiéndola abiertamente: *"ya antes del alba, los altavoces de las mezquitas despiertan a todos para la oración, la radio debe interrumpir los programas y noticiarios para transmitir las oraciones musulmanas, el Islam es materia obligatoria también para los no musulmanes, es decir, para los cristianos. Incluso en las escuelas privadas católicas, antes de comenzar las clases se debe leer y comentar algún pasaje del Corán... Quien vive en Egipto debe actuar como musulmán, de otro modo es excluido de la sociedad. ¿Cómo podemos extrañarnos, pues, de que en este clima asfixiante, cada año miles de egipcios coptos se hagan musulmanes o emigren?"*.

(14) QURR, Sayyid, *op. cit.*, pág. 180.

En el norte de África, en tiempos de San Agustín, habían casi 600 obispos; de aquel esfuerzo evangelizador casi no queda nada. Pero el choque con el Islam no siempre se ha saldado con la derrota, también es cierto que en otras zonas la cruz se ha impuesto a la media luna, evitando la islamización de esas sociedades: España, Grecia, Sicilia, Malta y buena parte de los Balcanes son ejemplos de la resistencia victoriosa de la Cristiandad. Tal y como observa Messori, uno de los pocos intelectuales que cultiva la tan denostada apologética católica que, a pesar de todo, sigue siendo hoy tanto o más necesaria que antes, "no es que (fulgurados por la palabra que traían los árabes, los cristianos repudiasen el Evangelio al descubrir que la Verdad residía en el Corán. El cambio religioso vino (al cabo de siglos, y a veces ni siquiera por completo) con las campañas militares y luego con la política social, fiscal y matrimonial".

El desconocimiento de lo que significa el Islam, el resentimiento moderno contra la obra de la Iglesia, la ingenuidad que hemos señalado, tienen repercusiones concretas que distorsionan la realidad y afectan a nuestro presente. Las Cruzadas son paradigmáticas de este fenómeno. A pesar de ser equiparadas a la "guerra santa" musulmana, son 200 años posteriores a la Jihad y no tienen carácter universal, sino que se limitan a la recuperación de los Lugares santos. Respecto de la Jihad, la *Enciclopedia del Islam* (publicada en 1913), afirmaba claramente que "continuará hasta que el Islam lo cubra todo". Conviene recordar pues que la Jihad está tan vigente como el primer día y que constituye para los musulmanes una obligación colectiva cuyo objetivo es el triunfo del Islam y el establecimiento de la ley islámica. Es el mismo concepto que recoge Sayyid Qutb, ejecutado por Nasser en 1965, cuando, tras mostrarnos el callejón sin salida al que la modernidad ha llevado al mundo actual, nos propone la, según él, única salida existente, "lo cual exige una operación de resurrección en la zona islámica. Una resurrección que será seguida, tarde o temprano, por la toma de la dirección del destino humano en el mundo" (15).

(15) Qutb, Sayyid, *Ésta es la religión*, Centro Cultural Islámico, Granada, 1978, pág. 22.

Esta actitud contrasta abiertamente con las claudicaciones, ingenuas, por parte cristiana que el Padre Khalil denuncia: *“un ejemplo: hace unos diez años, el cardenal Pappalardo regaló a los musulmanes tunecinos residentes en Palermo, como gesto de fraternidad, una iglesia del siglo XVIII que ya no se usaba para el culto. Toda la prensa católica elogió este gesto. A mi juicio fue un error. Si alguien quiere construirse una mezquita y cuenta con los permisos necesarios, que lo haga, pues fondos para construir mezquitas no faltan. Dos días después, los periódicos tunecinos escribían en primera página: «Victoria del Islam sobre el cristianismo: el cardenal de Palermo obligado a transformar una iglesia en mezquita». De esto no habló la prensa católica”*.

Pero si bien no hay que pecar de ingenuidad, tampoco es el Islam ese monstruo que, con toda seguridad, acabará por engullirnos. Si bien es cierto que la vitalidad de las sociedades del Occidente ex-cristiano y apóstata está bajo mínimos, tampoco el Islam está viviendo sus mejores momentos. La fachada agresiva islamista no puede ocultar sus evidentes problemas: división y desunión (el último y encarnizado enfrentamiento está sucediendo entre talibanes sunnitas y chiitas iraníes; de hecho sólo existe un punto de unión real que aglutine a todo el mundo islámico: la animadversión hacia Israel), pobreza, miseria y corrupción insuperable, aburguesamiento de la revolución en Irán y fracaso de varias tentativas islamistas de toma del poder, penetración en la juventud del modelo de vida occidental, descenso de la natalidad. No obstante, este descenso no podrá equilibrar la relación entre Islam y Occidente, tal y como señala Pierre Chaunu en su obra *Historia y Población*. Estamos pues ante una nueva migración, de la que sólo vemos el inicio, pero que ya empieza a adquirir dimensiones muy importantes, especialmente en Francia, Alemania y el Reino Unido.

Actitud cristiana

¿Qué actitud debemos tomar pues los cristianos ante el Islam? En primer lugar debemos constatar, sin complejos, *“una amarga realidad que se ha visto confirmada por mil trescientos años de his-*

toria: con el islamismo es imposible un verdadero diálogo" (16). Partiendo pues del realismo, creo que nuestra respuesta debe ser, en primer lugar, dar testimonio de Cristo, volver a ser cristianos, con todas nuestras flaquezas, pero llevando la Buena Nueva a todos los que nos rodean. En Europa residen más de 10 millones de musulmanes, para ellos vivir en Europa, fuera de un entorno hegemónicamente musulmán, puede ser la oportunidad de descubrir a Cristo. Lejos están los tiempos en que san Francisco de Asís decidía emprender viaje a Jerusalén para convertir al sultán o en que Ramon Llull iba a Túnez para evangelizar a sus pobladores. Ya no es necesario emprender largos viajes, basta con coger el metro o el autobús y desplazarnos a ciertos barrios de nuestras ciudades. Pero nos falta ese antiguo vigor, que hemos de recuperar, pidiendo al Señor que nos lo conceda y no oponiendo resistencia a su gracia, para así, como ya hiciera Carlos de Foucauld, dar testimonio de Cristo ante los musulmanes; ellos tienen derecho a que les hablemos de Él. Las palabras de Messori al respecto me parecen acertadas y convenientes: *"tampoco nos es lícito olvidar a nadie, mientras tantos cristianos consideran hoy en día impresentables unas palabras que, sin embargo, son fundamentales para el cristianismo: «apostolado», «misión», «conversión». A pesar de este clima, ¿nos está permitido olvidar que, desde los primeros discípulos de Francisco de Asís a Charles de Foucauld, pasando por millares de mártires, una innumerable multitud de cristianos ha dado su vida precisamente tratando de convertir a alguien del Corán al Evangelio? ¿Y qué les decimos, nosotros que hoy hacemos colectas para que se erijan mezquitas, qué les decimos a los misioneros que todavía padecen y peligran en tierras islámicas?"* (17). La nueva evangelización no puede dejar de lado a los musulmanes, también llamados a reconocer a Cristo como Salvador.

Quiero acabar dirigiendo una breve mirada al Islam desde la perspectiva de la teología de la historia. Aunque su origen inmediato se encuentra en Mahoma y sus seguidores, no podemos obviar las figuras de Agar, la esclava egipcia de Abraham, y de su

(16) MESSORI, Vittorio, *op. cit.*, pág. 73.

(17) MESSORI, Vittorio, *op. cit.*, pág. 81.

hijo común, Ismael, que los musulmanes reclaman como padre y receptor de las promesas de Yavé, en lugar de Isaac. Las palabras del ángel de Yavé a Agar en el pozo de Ber-Lajai-Roi constituyen a la vez una bendición, una profecía y un misterio: *"Yo multiplicaré tu descendencia, que por lo numerosa no podrá contarse. Mira, has concebido y parirás un hijo, y le llamarás Ismael, porque ha escuchado Yavé tu aflicción. Será un onagro de hombre; su mano contra todos y las manos de todos contra él. Y habitará frente a todos sus hermanos"* (18). Y cuando, tras nacer Isaac, Sara ordena a Abraham que expulse a Ismael, Dios le dijo al patriarca: *"no te dé pena por el niño y la esclava... También al hijo de la esclava le haré un pueblo, por ser descendencia tuya"* (19). Por tercera vez, cuando la muerte parece inminente, sólo y sin agua en el desierto de Berseba, se repite la promesa: *"No temas, que ha escuchado Yavé la voz del niño que aquí está. Levántate, toma el niño y tómale de la mano, pues he de hacerle un gran pueblo"* (20). A partir de aquí, la Biblia nos dice que *"fue Dios con el niño, que creció y habitó en el desierto, y de mayor fue arquero. Habitó en el desierto de Farán y su madre tomó para él mujer de la tierra de Egipto"* (21). Ismael desaparece del relato bíblico hasta la muerte de Abraham, cuando reaparece para, junto a su hermano Isaac, enterrar a su padre en la caverna de Macpela, frente a Mambré. El pueblo numeroso y grande, que habita en el desierto, frente a sus hermanos, el pueblo de Israel, puede identificarse con lo que constituye el mundo y los pueblos islámicos. El auge y el poder del Islam y su papel en el plan salvífico de Dios constituyen un misterio que no podemos comprender plenamente. No obstante, podemos vislumbrar algo de su sentido a partir de la reflexión que Francisco Canals ha manifestado en sus conferencias: aquello que Dios tenía preparado para Israel y que éste rechazó, fue dado a los gentiles, a los cristianos, a la Iglesia; aquello que Israel esperaba erróneamente de Dios para sí, el poder terrenal y político, fue dado a los descendientes de Agar e Ismael, al Islam.

(18) Génesis, 16, 10-12.

(19) Génesis, 21, 12-13.

(20) Génesis, 21, 17-18.

(21) Génesis, 21, 20-21.